



NIKI ZAS Y EL RETRETE NUCLEAR

GERVASIO POSADAS

edebé

periscopio

NIKI ZAS Y EL RETRETE NUCLEAR

GERVASIO POSADAS

NIKI ZAS Y EL RETRETE NUCLEAR



edebé

© Gervasio Posadas, 2013

© Ed. Cast.: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección de la colección: Reina Duarte
Diseño de cubiertas: César Farrés
Fotografía de portada: AGE Fotostock
Fotografía del autor: Hipstamatic by AnnGarde

1a edición, marzo 2013

ISBN 978-84-683-0831-9
Depósito Legal: B. 890-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mi hermana Dolores, porque de nuestros
juegos nacieron estos personajes.*

Para Celia Jiménez Blanco, por ser mi cómplice.

*Para Íñigo y Álvaro, por tener la mala
suerte de ser mis ahijados.*

Para Pablo García Deza, por ser mi amigo.

PRIMERA PARTE

Capítulo uno

A pesar de que habían pasado muchos años, Niki podía recordar, como si los estuviese viendo en esos momentos, los ojos muertos de Zas. Sin luz, cristalizados, miraban al vacío mientras la gente se arremolinaba para observar su cuerpo aplastado contra la pared de cristal.

—Pobre, era tan joven... —decía una chica afligida.

—Era un poco birrioso, pero ya le estaba cogiendo cariño —replicaba otra.

—¡Qué forma de palmar tan desagradable! Espero que nunca me pase algo así —comentaba un tercero.

Aquello debía de haber sucedido en segundo o tercero de Primaria, pero a Niki le volvía a hervir la sangre cuando recordaba los restos de las dos enormes e infladas barras de pan que ocupaban casi toda la pecera. Habían absorbido toda el agua, asfixiando a la pobre criatura: un crimen con premeditación y toda la mala leche del mundo. Aquel era su pez, ¡su pez! Lo había llevado la semana anterior para las clases de ciencias y lo había dejado solo en el aula durante

aquel largo puente. Él le llamaba Agustín (por un tío suyo que tenía bastante cara de merluzo), pero sus compañeros lo habían bautizado con el apellido de su propietario: Zas. Decían que era rubio, largo y escurridizo como él.

En realidad él se apellidaba Zastuenda, Nicolás de nombre, para más señas, pero todos le llamaban Niki Zas.

El caso es que aquella infeliz mascota suya había muerto de una forma terrible y ridícula, la peor forma de estirar la pata. Mientras recordaba la escena, que había ocurrido hacía ya seis o siete años, Niki se clavaba con fuerza las uñas dentro de los puños: ese pez y él habían vivido muchos momentos inolvidables juntos, como por ejemplo... Intentó recordar alguno, pero fue incapaz de hacerlo. Lo cierto era que se lo había regalado un amigo de su padre dos semanas antes de su muerte. Pero daba igual. Aquello... ¡había sido un asesinato!

Todos sabían quién había sido el autor del «*pecicidio*» que había tenido lugar en Primaria: Colás, el otro Nicolás, su primo, su enemigo mortal. ¡Pero la maestra le había castigado a él! ¡A Niki! La vida era muy injusta a veces.

—¡Menudo atracón de pan que se pegó tu pez aquella vez! ¡Un atracón de muerte! —le había recordado ese ser despreciable esa misma mañana. Estaban los dos cerca de cumplir los quince y seguían igual que en Primaria—. Sí, un atracón de muerte.

—De muerte, sí —replicaron Rata y Mono, que siempre repetían lo que decía el jefe de su pandilla...

Y encima se cachondeaba recordándole lo del pez. Porque esa mañana Colás se la había vuelto a jugar: Niki había preparado una broma para Encarna, la profe de *mates*, que era insoportable e igualita a un loro. Encontró un móvil viejo en su casa y había grabado un tono nuevo de llamada imitando la voz de una cotorra: «Grr, lorrito rreal, grr, Encarna, lorrito rreal».

Antes de la clase, y subido a un pupitre, colocó el teléfono encima de la lámpara que colgaba del alto techo del aula. Mientras la profe escribía en la pizarra no sé qué de una ecuación de segundo grado, Niki llamó con su propio móvil al número del que había puesto arriba.

«Grr, lorrito rreal, grr, Encarna, lorrito rreal».

«Grr, lorrito rreal, grr, Encarna, lorrito rreal».

Encarna, con un mosqueo tremendo, intentaba adivinar de dónde venía la voz pero era incapaz de localizarla.

«Grr, lorrito rreal, grr, Encarna, lorrito rreal».

La profe se estaba poniendo color berenjena y la clase no podía parar de reír, pero tenía que ser Colás el que acabara la diversión.

—Es un móvil que está en la lámpara. Y ha sido Niki el que lo ha escondido allí.

Encarna era cursi, pero tenía una mala leche que no veas, así que a Zas le cayó una buena bronca y un trabajo de regalo. Todo por una broma inocente en la que nadie había salido herido. Había que fastidiarse.

Cuando acabó la clase, Niki cruzó el aula con la sana intención de dejar a su primo sin dientes, pero en

ese momento apareció Elena, la tutora, en la puerta de la clase.

—Ya me han contado lo que ha pasado, Zastuenda. Este año llevas un carrerón impresionante, a este paso haces repóquer de suspensos para el verano.

En una esquina, Colás y sus amigos se partían de risa, pero la tutora cortó el cachondeo de un tajo:

—Y tú, más vale que no te rías tanto —dijo señalando al primo maldito—. Ya sabes que no me gustan los chivatos.

Colás se acercó intentando contener la risa y apartándose coquetamente los rizos grasientos de los ojos (el pobre estaba convencido de que aquel gesto le hacía irresistible).

—Elena, ya sé que tienes mala opinión de mí, pero creo que, si me conocieras mejor, apreciarías el tipo de información que puedo proporcionarte —dijo cuando estuvo frente a la tutora.

Ella le miró con cara de desconfianza.

—No me vengas otra vez con tus historias. Me parece muy mal que estés acusando siempre a tus compañeros —respondió muy digna.

—Es que es posible que sepa cosas sobre otras personas que no son de esta clase... Incluso sobre Marcelo.

Ese era el nombre del nuevo profe de educación física, un tío rubio y musculoso. Había que estar ciego para no darse cuenta de la carita con la que le miraban algunas de sus colegas. A Colás se le daba de cine tirar el anzuelo para hacer picar a los curiosos.

—Bueno, ven conmigo y ya veremos —dijo la tuto-

ra, un poco inquieta por mantener aquella negociación delante de testigos.

¿Existía en todo el mundo un tío más repugnante?

Mientras iba tras Elena, Colás (o Colasio, como le llamaban sus muchos enemigos) le dedicó un par de cortes de manga a su primo.

—Te la he vuelto a hacer, como el día del pez —dijo en voz baja a su primo, y luego le dedicó una de sus frases televisivas—: ¡Pa chulo, chulo, mi pirulo!

Niki hubiese dado cualquier cosa por arrearle un *jab-cross* a ese soplagaitas, pero tuvo que conformarse con darle un golpe con todas sus ganas a la pared. Lo malo es que por el camino se cruzaron las gafas de Guti.

—¡Joé, tío! Desde que te ha dado por el kung-fu ese, no hay quien se te acerque —dijo su amigo mientras las recogía del suelo.